

## III Domingo de Cuaresma – 12 de marzo de 2023

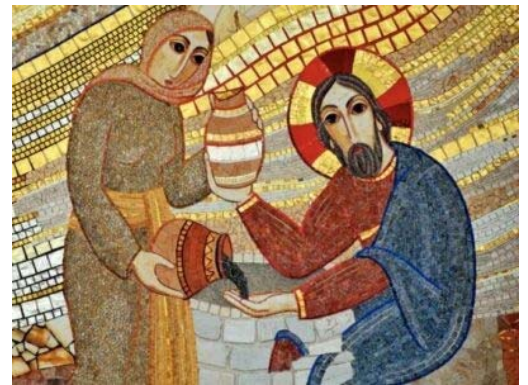
(Ex 17, 3-7; Rm 5, 1-2.5-8; Jn 4, 5-42)



Hay encuentros que nos dejan totalmente indiferentes. Otros, sin embargo, pueden hacer volcar toda nuestra existencia. La samaritana puede hablarnos de ello. Su encuentro con Jesús ha cambiado mucho su vida. Proponiéndonos reflexionar sobre este encuentro, la Iglesia quiere hacer de este tiempo de Cuaresma un verdadero lugar de encuentro con Aquel que puede hacer brotar en nosotros la fuente de agua viva.

Recordemos que el Evangelio según San Juan, en su función pragmática, «quiere hacer pasar a los creyentes de una fe debilitada y quebrantada a una fe consolidada y claramente formulada». Muchas personas, sacudidas en su fe, conocen hoy esta situación de debilitamiento. La lectura de la historia de la samaritana puede ser adaptada a la situación de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, carentes de agua y parece que sufren de potomanía, no pueden evitar beber en exceso aguas contaminadas procedentes de todas partes, especialmente de algunas fuentes de las redes sociales. Por eso sus sueños permanecen siempre sin satisfacer. Jesús se nos ofrece como fuente de agua viva capaz de saciar para siempre nuestra sed.

El pozo es el lugar del encuentro amoroso (Génesis 24; 29; Éxodo 2,15-22). El encuentro de Jesús con la samaritana es un hermoso encuentro amoroso: Jesús, el Amor en sí mismo, encuentra a aquella que probablemente buscaba el amor para sí mismo. Se trata del encuentro de dos borrachos: la samaritana en busca de agua, pero también sedienta de amor: una sed de amor que se traduce en la situación de los cinco maridos que ha tenido. Así pues, Jesús le hará probar el verdadero Amor que supera todas nuestras diferencias y diferencias de clase y raza: no hay diferencia entre judíos y no judíos, entre esclavos y hombres libres, entre hombres y mujeres; somos UNO en la unión con Jesucristo (Gál 3, 28).



También Jesús tiene sed: «Dame de beber (v.7)». Esta sed se expresará también en la cruz: Tengo sed» (Jn 19, 28). Para repetir un comentario, este grito de Jesús en la cruz nos revela simultáneamente a un hombre que tiene sed de Dios, y a un Dios que tiene sed del hombre. Pidiendo agua a la samaritana, Jesús expresa la sed profunda de Dios: «Dios tiene sed de que tengamos sed de él», decía san Gregorio Nacianceno.

Considerando las tres partes del Evangelio de la samaritana: Jesús y la samaritana (v. 5-26), Jesús y los discípulos (v. 27-38), Jesús y los samaritanos (v. 39-42) hay que subrayar una gradación ascendente en el proceso de comprensión de la palabra y de la persona de Jesús: El hombre que la samaritana había identificado simplemente como un judío (enemigo de los samaritanos) es finalmente acogido por los samaritanos y reconocido como el salvador del mundo (v.42).

Por tanto, hay un cambio de perspectiva: quien era el extranjero es invitado a permanecer en su casa (v.40). El que no tenía un cubo para sacar el agua (v.11), dio él mismo el agua verdadera; de modo que la samaritana regresó a su casa sin el cántaro. Porque en ella ha brotado una fuente de agua viva. Este cambio de perspectiva pone de relieve la función pragmática del Evangelio de san Juan: la samaritana está llamada a pasar de una fe vacilante (v.20) a una fe firme y claramente formulada. Se convirtió en testigo ante la gente de su ciudad.



Que este tiempo de Cuaresma sea para cada uno de nosotros ocasión de un encuentro cada vez más verdadero con Cristo: encuentro que no nos dejará indiferentes; porque hará brotar en nosotros la fuente de agua viva que saciará nuestra sed de amor, de paz, justicia y felicidad. Así nos convertiremos en verdaderos discípulos-misioneros como la samaritana.

*Jackson Fabius, smm*